

chos criados, con gran librea, parecían prohibir la entrada?

Sin embargo, era preciso decidirse; levantó bruscamente la cabeza, y con paso resuelto, franqueó la distancia que la separaba del círculo de los extranjeros.

Cuando llegó al peristilo, los criados, en vez de detenerla, se separaron para abrirla paso; pero cambiaron entre sí ciertas miradas que parecían decir: «No conocemos á esta, es una nueva concurrente.»

Entre tanto, Luisa, se encontró en una gran sala sostenida por columnas, una especie de antecámara rodeada de banquetas, y á la cual daban numerosas puertas.

¿Hacia dónde debía dirigirse para penetrar en el santuario?

XIII

No atreviéndose á preguntar ni a las personas que estaban en las butacas, ni á los que se paseaban de uno á otro lado bajo el peristilo, la señora Leroy creía tener suficientes noticias para descubrir el camino, y adivinar donde se encontraba la puerta del templo. Pero el espíritu de observacion, al cual llamaba entonces en su ayuda, le faltó de todo punto. De pronto, dos jóvenes, acompañadas de una persona de más edad, y que al parecer pertenecía á un rango elevado, pasaron á su lado, dirigiéndose al guarda-ropa, y despues de haber dejado sus abrigos y sus mantillas, marcharon por una galería que daba frente á la puerta de entrada. Luisa Leroy, se resolvió á seguir las; así creerian que iba en su compañía, y no sufriría tanto con su timidez. No era dudoso para ella que áquellas señoras no se dirigían á los salones del juego y sintió cierta satisfaccion al ver que se encontraba entre señoras *comme il faut*.

¡Pero ay! desgraciadamente se engañaba: los tres extranjeros asistían solamente al concierto que la administración del casino, ofrecía graciosamente todas las noches á sus invitados. Nunca insistiremos lo suficiente sobre este punto; los juegos están organizados en Monte-Carlo, con tanta reserva, casi podemos decir, con tanto pudor, que ciertamente pudiera tomárselos por un accesorio de otros placeres.

Se figura uno espontáneamente, que el Sr. Blanc, ó su sucesor, es una persona apreciable, un poderoso nabab, que solo trata de complacer á sus numerosos invitados, ofreciéndoles por el día paseos en carruaje, escursiones en barcas, cacerías, conciertos; y por las noches, nuevos conciertos y representaciones dramáticas por los mejores artistas de París. Para satisfacer á todo el mundo, para no olvidar ninguno de los deseos de sus huéspedes, establece algunas mesas de juegos, del mismo modo que en los salones parisienses se instalaban las mesas de Whist. Pero en las invitaciones no se hace alusión al juego; llevan solamente estas palabras: «Habrà música.»

La señora Leroy, pensó para sí que no había abandonado á sus niñas y á su marido en una situación terrible y viajado cerca de trescientas leguas, para participar de los placeres ofrecidos por la administración de Monte-Carlo. Así, en vez de continuar siguiendo á las jóvenes y de sentarse á su lado, en una de aquellas hospitalarias butacas, desanduvo el ca-

mino, decidida esta vez á preguntar cuanto le fuera necesario.

No tuvo necesidad de interrogar á nadie. Cuando llegó al peristilo, vió á un joven que se adelantaba hácia ella, con las manos repletas de luisas. Venía radiante de alegría, y oyó que le decía á uno de sus amigos que le había salido al encuentro:

—Mira, he ganado por dos veces un pleno.

Ya no había que dudar; este afortunado jugador venía de hacer una visita á la ruleta, que se encontraba evidentemente situada en los salones de la izquierda.

Esta vez, la señora de Leroy, no vaciló ya; se dirigió hácia la puerta, que todo, en aquel momento, se lo designaba. Pero aun no había traspasado el dintel, cuando un empleado de la administración, oculto hasta aquel instante, apareció y le dijo:

—¿La señora tiene sin duda su tarjeta?

—¿Qué tarjeta? preguntó Luisa.

—La que se necesita para penetrar en los salones.

—No, no la tengo.

—Entonces, la señora no puede pasar.

—¿Se necesita acaso pagar para obtener esa tarjeta? dijo Luisa, turbada ya con este primer obstáculo.

—No, señora, respondió el empleado, aquí no se paga.

—¿Entonces, qué tengo que hacer para entrar?

—Ya se lo he dicho á la señora, necesita procurarse una tarjeta.

—¿En dónde me la darán?

—Allí, bajo el peristilo, enfrente del guarda-ropa.

La administracion de los juegos de Monte-Carlo ha tenido una buena idea al ofrecer algunos obstáculos á las personas que quieren visitarle. No exigen pasaporte, ni cartas de recomendacion, ni documentos; solamente piden que den su nombre, y ella se asegura de si el que solicita llena las condiciones necesarias para ser admitido en el santuario. Tiene sobre todo la mision de impedir la entrada en los salones á las personas que tienen demasiado mal aspecto, á los mineros, á los habitantes de Mónaco, á los empleados de los Alpes-Marítimos en general, y á las mujeres solas. Cree que una mujer de costumbres dudosas, pero de apariencia conveniente, podrá hallar sin dificultad en un lugar como Monte-Carlo, un padrino ó una madrina que estén habituados á estas costumbres. No cierra, pues, sus puertas á nuestras celebridades galantes; (confesemos, que se encuentran bastantes alrededor de los tapetes verdes), pero les exigen que se presenten acompañadas.

Sin embargo, no han previsto el caso de que una mujer honesta como la señora Leroy, haria sola el viaje, llegaria sola al casino, y sin conocer á nadie querria penetrar en él. Verdad es, que la direccion del espacho donde extienden las tarjetas de entrada,

para un dia, para una semana, ó para una estacion, ha sido confiada al cuidado de finos observadores. Saben reconocer á primera vista á todo el mundo, rechazan la demanda de unos y dan la autorizacion que piden á otros, sin hacerles sufrir un interrogatorio que hiera su amor propio. Pero esta tarde, esos señores estaban ausentes, y un simple empleado, deseoso de demostrar su celo, estaba en su lugar, por lo que la señora Leroy tuvo que sufrir diferentes preguntas indiscretas. Se turbó, balbuceó, y el empleado, en lugar de pensar que las personas sospechosas nunca están exentas de audacia, ni se sonrojan por nada, vió en su turbacion una causa de exclusion.

—No puedo permitiros entrar, la dijo con autoridad, hasta tanto que no me seais recomendada por alguien.

—Pero yo no conozco á nadie, contestó la jóven.

—¡Oh! señora, eso es increíble; decís que sois parisiense, y aquí tenemos lo más escogido de París.

—Acaso encontrára, replicó con bastante serenidad, personas conocidas en los salones; pero para eso seria necesario entrar.

—Todos los concurrentes, replicó el empleado, para entrar ó para salir, pasan por delante de mi carpeta, y si reconoceis á uno de vuestros amigos, podeis mostrármelo.

—Generalmente pálida, la señora Leroy, tenia en

aquel momento los más vivos colores. Eran debidos á la cólera que no podia ménos de sentir y á la vergüenza de ser confundida hasta este punto con una aventurera. ¡Ah! ¡si sólo se tratase de su placer, cuán pronto hubiese renunciado á penetrar en aquellos salones cuyo acceso la era tan difícil! Si no hubiese temido comprometerse y llamar la atención sobre sí, pronto hubiera humillado á aquel imbécil subalterno.

Le volvió desdeñosamente la espalda, y por la puerta del despacho que permanecía abierta, echó una ojeada sobre las personas que se hallaban en el peristilo.

De pronto vió á Dorliac y á de Céry. Salian de los salones de juego, y al ver el aspecto triste de Céry se podia creer, con seguridad, que la fortuna no le habia sonreído.

En efecto, el año precedente, empolvado aun, fatigado por un viaje de veintidos horas, y sin cuidarse del arreglo de su persona, se habia dirigido al casino donde habia ganado algunas centenas de luises. Fiando en aquellas circunstancias, creyó debia observar esta vez la misma conducta; pero en 187..., á pesar del polvo del camino, la fatiga del viaje, de no haberse cuidado de su traje, á pesar de encontrarse en las mismas condiciones que en 187..., la ruleta, y la treinta y cuarenta, acababan de hacerle traicion. Esta desgracia no le impidió, sin embargo, el

ver á la señora Leroy; inmediatamente se dirigió hácia ella sombrero en mano.

Sin darle tiempo para hablar, la jóven le dijo con voz breve y conmovida:

—Creí encontrar á mi padre en su *hotel*; pero no está. Esto me ha hecho suponer que le encontraría en los salones de juego, pero me han rehusado la entrada.

—¿Y por qué, señora?

—Porque no me conocen y porque estoy sola.

—Pues ya no lo estais por más tiempo, si teneis á bien el concederme el honor de tomar mi brazo, se apresuró á decir el señor de Céry.

Pero al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, apareció el conde de Servan bajo el peristilo. Acto continuo, Mme. Leroy, dió las gracias á Mr. de Céry por sus ofrecimientos, y se dirigió resueltamente hácia su padre.

El conde acababa de sentarse, y presentaba una figura bien triste; sólo, mirando á su alrededor como si buscase á alguien. Reconoció á su hija, que se dirigia á él en línea recta, palideció y se levantó de un brinco, como si hubiese sido movido por algun resorte.

Llegó hasta él, y de pié, recta, sin hacer un gesto:

—Es preciso, le dijo, que os hable inmediatamente sin salir de aquí, sin dirijirnos al *hotel*. Vos que co-

noceis todos los rincones de esta casa, conducidme á alguna habitacion en la que podamos estar solos ó casi solos.

—¡Venid! dijo él, resignado y tembloroso.

Ni aun se atrevió á ofrecerle el brazo, y marchó hácia el gabinete de lectura.

Asi que llegaron á esta pieza, ocupada solamente, gracias al juego y al concierto, por dos personas, á las que los diarios de París absorbian, se dirigió hácia la chimenea, se dejó caer sobre un sillón, y con los codos apoyados en las rodillas, y la cabeza entre las manos, esperó á que Luisa hablase.

Esta no se habia sentado; apoyada en el montante de la chimenea, le dijo en voz baja, pero precipitada y nerviosa:

—¿Habeis ganado? ¿Habeis perdido? ¿Cuánto os queda? ¿Qué es lo que podeis devolvernos?

—El se estremeció, y haciendo un esfuerzo, despues de un instante, respondió.

—Todo lo he perdido, la suerte me ha sido fatal...

—Esto debia de suceder, murmuró ella; lo mal adquirido no puede aprovechar.

—Tienes razon, le dijo el conde, con la vista siempre fija en el suelo... He cometido una falta... una gran falta... Pero nosotros los jugadores perdemos todo sentimiento moral, no tenemos más que un solo honor, el que hay entre todos los jugadores, que consiste en pagar sus deudas del juego, y cuando el

baron de Saimpré vino á reclamarme tan insolentemente sus setenta mil francos, mi altivez y mi orgullo se revelaron... ¡Entonces no pensé más que en una cosa... en pagar! Tenia por mi desgracia... y la vuestra... esa suma bajo la mano y la arrojé al baron.

—Si al ménos nos hubiera pertenecido... dijo Luisa.

—¡Ah! ¿Con que no os pertenecia? dijo él palideciendo... Yo no lo sabia... además, no reflexioné... estaba loco... despues, ya ves, con el dinero que quedaba, estaba seguro de ganar, de llevaros por la noche la misma suma... ó acaso más... ¡Pero ay! me engañé; la fatalidad se desencadenó contra mí... entonces vine aquí con los últimos billetes de mil francos. Yo suponía que la fortuna no podia abandonarme enteramente, que tendria al fin mi revancha, como la he tenido muchas veces... ¡Ah! si hubiera ganado, hubiera vuelto en seguida y os lo hubiese llevado todo, los cien mil francos, los doscientos mil, los trescientos mil, el millon... y os hubiera dicho: «Tomad, tomad, esto es vuestro... bien os lo debo todo;» éste era mi sueño, ya ves, mi único pensamiento, el haceros dichosos, el proporcionaros la riqueza.

—Nada de eso os pedíamos, replicó Luisa. Unicamente os pedíamos nos dejaseis el honor, y nos le habeis arrebatado.

—¡Ah! perdon, perdon, la dijo... perdóname que—

rida Luisa... á pesar de eso os amo con todo mi alma á tí y á Alicia... Segun ves, mi única falta, es esta pasion...

—Iba á continuar, pero ella le detuvo con estas palabras:

—Basta, os lo ruego. Además no he venido aquí para reconveniros. Hace mucho tiempo que he renunciado á ello, porque comprendo que es inútil... y no tengo ahora tiempo... ¿De modo que no os queda nada? ¿No puedo contar con vos?... No puedo confiar en nadie, sino en mí... en mi sola... ¡Paciencia! Vamos, tened la bondad de levantaros y de hacerme abrir la puerta de los salones de juego... es el único servicio que os exijo.

—¿Y qué vas á hacer en esos salones? le dijo incorporándose y mirándola por primera vez.

—Voy á jugar, respondió Luisa en tono resuelto.

—¡Tú! ¡tú!

—¡Sí, yo! Voy á intentar salvar el honor de mi marido, salvar á mis hijos de la vergüenza, de pagar en fin los cien mil francos que...

—Que yo os quité, replicó él.

El conde se habia puesto de pié, y su mirada hasta entonces apagada, pareció iluminarse.

—¿Y cuentas con el juego? le preguntó con voz más segura.

Permanecieron algunos momentos silenciosos, y luego añadió el conde:

—Serás tú jugadora tambien.

—Y como no contestaba, continuó.

—¡Ah! quieres jugar... Acaso tengas razon... ¿Y con qué cuentas para tentar la suerte? ¿Qué suma traes?

—Tengo en mi poder, le dijo, mis ahorros, los de mi hermana... el valor de mis alhajas, enviados al Monte de Piedad, seis mil francos próximamente... ¿Es suficiente esa suma para ganar cien mil francos?

—¡Qué si es bastante! exclamó él, recobrando súbitamente la voz y los colores. ¡Qué si es bastante! Pues ya lo creo. Con cien mil francos puede uno ganar cuanto quiera. Un dia, en Hamburgo, ya lo sabes, con algunos luises hice saltar la banca. Otra vez, en Wiesbaden, con un billete de cien francos, que me prestó un judío, pude atrapar una série de diez y siete negras, que me proporcionó una suma considerable... ¡Seis mil francos! ¡Tienes en tu poder seis mil francos! Todo lo puedes esperar.

Se interrumpió, y en tono más bajo, con ménos entusiasmo, añadió:

—Desgraciadamente, es necesario saber jugar; tu no sabes.

—Vos debeis saber, padre mio, hace bastante tiempo, y sin embargo perdeis.

—He perdido, se apresuró á responder el conde, en estos últimos tiempos, en estos dias, porque estaba de una suerte fatal... pero desde hace un instan-

te, la vena me ha vuelto... La siento, la veo, y si tu quieres, jugaré por tí.

—Nunca, nunca, respondió ella con terror.

—Tienes miedo... pues te aseguro...

—Es inútil, nunca, ya os lo he dicho.

Su voz demostraba tal firmeza, su ademán era tan decidido, que su padre no se atrevió á insistir.

—Entonces, repuso éste, déjame al ménos que te enseñe el juego; esto lo haré en poco tiempo. Si vas allá sin saber al ménos en donde colocar tu dinero, puedes contarlo perdido. Escúchame... La treinta y cuarenta es un juego demasiado complicado para tí, y por lo tanto no hay que pensar en ella... ¡Y sin embargo, qué fortuna podía hacerse no jugando más que el tercio y el todo!... El golpe de tres es el único desfavorable... pero con intermitencias se gana todo el tiempo; con séries se gana aun mucho más, porque al cuarto golpe puedes pasar al color ganancioso... Despues haces *la bola de nieve*, es decir, que aumentas tus puestas... Pero, ¿para qué explicarte todo esto? añadió encogiéndose de hombros, es necesario renunciar á la treinta y cuarenta... Queda la ruleta; ésta es más fácil. Voy á explicártela.

Todo esto lo habia hablado con gran animacion, sin detenerse, sin tomarse tiempo para respirar. De pronto, se detuvo:

Es más sencillo, le dijo, darte mis explicaciones delante de una mesa de ruleta... Lo comprenderás

antes: en algunos minutos estarás impuesta de todo como los más antiguos jugadores. Ven, ven.

En su apresuramiento, el conde se dirigia ya á la puerta, y Luisa le seguia maquinalmente, triste, resignada. El conde se volvió, la miró, y sin detenerse, le dijo:

—Primero, para entrar en los salones, abandona ese aire tan compungido y recobra algo más de ánimo... Cualquiera creeria que vas al suplicio.

—Porque á ese es precisamente donde voy, respondió ella.

—Es posible, pero haz por olvidarlo... Nunca ganarás, sino consigues dominarte, ocultar tus preocupaciones, y no ver sino el juego. La fortuna no favorece á las personas tristes; á las personas fúnebres; la desgracia, las hiere, y tiene un verdadero placer en volverlas aun más siniestras.

Es amiga de los semblantes alegres, de las personas que se burlan de ella, que le dicen: «Yo soy más fuerte que tú y te venceré.» ¡Ella es cobarde; hé aquí la fortuna! Para que ceda, es preciso brutalizarse... ¡Vamos! veo que tomas mis consejos; tu mirada es más enérgica, recobras tus colores... ¡Bravo! Cuando te has metamorfoseado tan pronto, es porque tienes conciencia de tu fuerza. Prevé que vas á ganar... Te sucede lo que á mí... Nunca he sentido la vena como esta noche.

En el momento de atravesar la puerta de los salones, la detuvo:

—Luisa, déjame jugar por tí, le dijo con voz suplicante; déjame repararme de todos mis desastres, rehacerte tu fortuna... Estoy seguro de que ha llegado el momento; tengo una combinacion infalible.

—No, eso no, le respondió ella. Antes que dejamos jugar por mí, jugaré yo misma... tendré serenidad, tendré valor para mezclarme entre los jugadores, para sentarme en su mesa, para adelantar mi dinero... es preciso, es preciso... venid, venid... el tiempo urge.

XIV

Las salas de juego de Monte-Carlo, estaban muy concurridas la noche que Mme. Leroy penetró en ellas, acompañada de su padre. Habia habido tiro de pichon por el dia, y lo más escojido del *sport*, los tiradores más hábiles, despues de haber rivalizado en destreza sobre el terreno, rivalizaban ahora en audacia alrededor de los tapetes verdes. Estos eran Messieurs Robert H.... H. C..., B..., dos duques célebres, un príncipe italiano, un príncipe del Norte, un gran número de ingleses, sir Carlos L..., sir Williams C..., L..., el homónimo de un gran viajero; todos ellos jugadores en gran escala. Despues de estos señores, sentados á su lado, ó de pié detrás de sus asientos, se apiñaban los concurrentes habituales, los que viven en Monte-Carlo una parte del año, y además los visitantes, los viajeros, los nicanos y los jugadores de ocasion.

Las mujeres ocupaban la tercera parte del sitio;

otras circulaban de una mesa á otra, por curiosar, para pedir prestado, ó en busca de aventuras. La sociedad femenina de Monte-Carlo, es de las más heterogéneas: es una rara mescolanza de provincianas, de extranjeras y de parisienses. Pero no sólo están allí confundidas las nacionalidades, lo están también los rangos; una princesa, de las más auténticas, se sienta al lado de la señorita X..., y no teme, á veces, inclinarse hácia ella para consultar la tarjeta sobre la cual con un alfiler se pican los caprichos de la negra ó de la encarnada.

Más lejos, se ve á una señora de la aristocracia, reputada de ser la más honesta, que, febril, turbada, se distrae hasta el punto de rogar á una de nuestras celebridades galantes, que le apunte un luis al color. En fin, toda jóven recién casada que se detenga veinticuatro horas en Mónaco, antes de hacer su viaje á Italia, se ve expuesta á ser codeada por alguna de estas aventureras, á las que la administración de los juegos se ve obligada á tolerar, hasta que halle un pretexto para excluirlas.

Entre los hombres, la mezcla es también completa: todas las naciones del globo viven allí en promiscuidad curiosa. Pero el italiano, como vecino, el inglés, por su cualidad de eterno viajero; el parisiense, porque cree hallarse en su casa, son los que se encuentran con preferencia en Monte-Carlo.

¡Y qué amalgama de todas las posiciones socia-

les, de todas las rarezas! Aquel ministro, curioso de conocer esa famosa ruleta, á la que él, informado ligeramente, ha arrojado de su país; el presunto heredero de un trono, queriendo conocer todas las pasiones antes de reinar; un pobre colono, que se apresta á perder en una hora cincuenta luses, economizados en dos años; aquel negociante venido á Monte-Carlo, para ver si consigue hacer frente á la liquidación de fin de mes; un desgraciado, que se desespera al lado de un filósofo, que no dice una palabra, ó de un jugador afortunado que sonríe á sus billetes de banco; la vieja supersticiosa, ostentando ante sí un pedazo de cuerda de ahorcado; el arruinado, que no pudiendo jugar más, mira jugar á los otros, se interesa por un desconocido, sigue todos sus golpes, palpita, se conmueve con él, se figura que pierde ó gana él mismo; el tímido, que no se atreve á adelantar la mano para retirar su dinero; el desvergonzado y el ladrón, apropiándose las puestas de otros; el tonto, que no sabe si ha ganado ó perdido, y se lo pregunta á su vecino; el antiguo profesor de treinta y cuarenta, siempre dispuesto á dar buenos consejos, mediante una pequeña retribución: el que marca las cartas, guarda el puesto de un rico jugador, juega por él, con una utilidad de un diez por ciento, y presta algunos luses á sus clientes *desplumados*; el *cebador* de números, jugando siempre á uno sólo, admirándose de que no salga, cubriéndolo

le de luises, aumentándoles á cada puesta, nutriéndole tan bien, en una palabra, que al día siguiente es fácil que no pueda nutrirse á sí mismo.

En el momento en que Mme. Leroy entraba en el salon, Mr. de Céry, que acababa de perder aun, se alejaba de la mesa de treinta y cuarenta. Por prudencia, no habia llevado más que una centena de luises, y habia dejado en el hotel, en el fondo de la maleta, la mayor parte de sus capitales; pero resuelto á medirse de nuevo con la fortuna, disgustado de tener que hacer un segundo viaje al hotel de París, se echó á buscar á su amigo Dorliac para que le prestase dinero. Este debia de estar bien provisto, porque era enemigo declarado del juego, y habia apostado á abandonar á Monte-Carlo sin pagarle el menor tributo.

De Céry, le buscó primero entre los curiosos que rodeaban las mesas é impedian que se aproximasen los verdaderos jugadores; después, no encontrándole entre ellos, pasó revista á los que estaban sentados. Dorliac seguia siendo invisible. Fatigado del viaje, insociable con la ruleta, aturdido por el roce de los billetes de banco, el sonido del oro, la voz de los paleteros con su eterno: «Haced vuestro juego, señores, que se vá á jugar, encarnada, par y color.» ¿Se habria decidido por irse á acostar? De Céry, empezó á creerlo así, y renunciando á pedir dinero á su amigo, se decidia á hacer un nuevo viaje al hotel, cuan-

do creyó ver á aquel que buscaba en el fondo de la galeria, cerca de la chimenea.

Se aproximó. En efecto, era Dorliac. No habia duda de que era Dorliac, sentado en una banqueta, con el sombrero entre las piernas, los brazos caidos, la cabeza inclinada sobre el pecho, y todo el cuerpo aplomado.

—¿Qué haceis aquí? le preguntó de Céry cuando llegó á él. ¿Pensais acaso en dormiros aquí y en faltar al respecto en el templo de la fortuna?

—¡El templo de la fortuna! replicó Dorliac. Y su frente se anubló y su boca se sonrió amargamente.

—¡Pardiez! ¿qué teneis? ¿Por qué esa voz cavernosa y ese aspecto tan fúnebre? ¿Estais malo?

—No, murmuró Dorliac, cada vez más fúnebre; no estoy malo.

—Entonces, querido mio, evitadme el trabajo de volver por tercera vez al hotel, y prestadme cien luises; os los devolveré esta misma noche en cuanto regresemos.

—¡Cien luises, imposible! dijo Dorliac, ¡imposible!

—¡Cómo! ¿Habreis dejado, como yo, vuestro dinero en la maleta? Entonces, ¿por qué os burlabais de mi prudencia? y me deciais: ¡no se comprende qué pueda uno tener tan poco dominio sobre sí, para verse obligado á tomar tales precauciones! Yo llevo mi cartera; contiene diez mil francos, y estoy seguro

de no gastar un céntimo. ¿Qué habeis hecho de esa famosa cartera?

—Aquí está, respondió Dorliac, tendiendo á su amigo una pequeña cartera de piel de Rusia, de las que se usan para llevar billetes de banco.

De Cery miró, tocó, meneó la cabeza, y despues abrió la cartera para asegurarse de lo que veía.

Estaba vacía.

—¿En donde está vuestro dinero? preguntó á Dorliac.

—Me le han quitado, respondió aquel con timidez.

—¿Cómo! ¿os le han robado? ¿Quién? ¿Un ratero?

—Es posible, contestó el infeliz, que queria al menos, salvar su amor propio. Nada tendrá de particular que me lo hayan robado. ¿No habeis visto en varios sitios del establecimiento, grandes carteles con estas palabras: «Tened cuidado con los rateros?»

—Es verdad, replicó de Cery, pero os haré observar que un ladron se hubiera llevado la cartera con el dinero. Creo que no hubiera tenido la delicadeza de restituirla despues de haberla vaciado.

—¡Ah! dijo Dorliac, hay ladrones muy originales. Cartouche, el famoso Cartouche...

—Dejemos ahora á Caurtouche si gustais, y confesadme francamente que vuestros billetes están sobre esta mesa de treinta y cuarenta, en ese cofrecito de cobre.

—No, respondió Dorliac, no están en esta, están en aquella otra de la ruleta, en aquel otro cofrecito.

—¡Desgraciado! ¿con qué habeis jugado?

—¡Ay, sí!

—¿Cuándo yo os lo decía!

—No abuseis de vuestra situacion, sed generoso y prestadme cien luis.

—¿Cómo! dijo Mr. de Cery, riéndose, ¿soy yo el que ha de prestaros dinero, cuando precisamente venia á pediroslo? ¿Aún quereis jugar?

—Si, quiero, dijo, y su mirada brillaba al mismo tiempo.